

El ojo crítico

José Lois Estévez (*)

Lo importante de veras

LAS lucubraciones a que han dado lugar, aquí en España, los resultados de las elecciones presidenciales francesas, me han hecho recordar el texto de una conferencia que debía leer en la Universidad de Maracaibo en Marzo de 1971. La llamo la 'impronunciada' de Maracaibo, porque las huelgas estudiantiles obligaron al rectorado a suspenderla sine día, y regresé a España antes de que pudiera exponerla. En cambio, la pronuncié como lección magistral en Julio de 1975, en la Universidad Complutense madrileña, en unas oposiciones a Cátedras de Filosofía del Derecho. Se titulaba 'La Ciencia del Derecho ante la crisis de las formas políticas'.

La menciono ahora, porque, habiéndola publicado antes de la Constitución, mis previsiones se cumplieron como teorías científicas.

El tema inicial de que me servía en aquella disertación era una famosísima disputa que relata Herodoto en el libro III de su Historia, en que cinco de los septemviros persas discutían la forma de organización política que, tras el tiranicidio del falso Esmerdis, vendría dar en el futuro al Imperio persa. Los pareceres sobresalientes eran tres. Otanes propugnaba la democracia. El general Megabizo, la oligarquía. Darío, el definitivo vencedor, prefería una estructura monárquica del poder.

Los argumentos de Otanes eran ya los mismos que se esgrimen hoy en pro de la democracia: "Me parece que no deberíamos en adelante promover a nadie a dignidad real, pues ni la monarquía es grata, ni toma como preocupación primera el bien de la sociedad avasallada. Pues ¿cómo un rey, que está, por principio, fuera del Derecho, podrá tener interés en un gobierno justo y respetuoso del ordenamiento jurídico? Si empezamos por elevar a un hombre por encima de los demás y sentarlo en un trono, no habrá de sufrir en su comportamiento los efectos de semejanza desequilibrado e incurrir en los peores abusos?". Megabizo se inclinaba por un gobierno formado por los más selectos. Decía: "Nadie más temerario en el pensar que un vulgo ignorante. No es recomendable que rehuyendo la altivez de un monarca, vayamos a caer en la prociadad del populacho, ¡Haga Dios que no los persas, sino los enemigos de los persas, dejen el gobierno en manos del pueblo!".

Finalmente, Darío decidió la cuestión. "Suscribo cuanto tocante al vulgo acaba de manifestar Megabizo; pero discrepo en su elogio de la oligarquía.

Nadie más indicado para gobernar que un varón en todo grande y sobresaliente, que, asistido de prudencia política no inferior a sus eminentes talentos, sepa regir la totalidad del reino en forma irrepachable, con todas las ventajas del secreto en las prevenciones que cumpla adoptar contra los enemigos de la patria".

Como puede verse, la pasión política ya privaba de racionalidad a sus discusiones, inficcionadas de 'saltos ontológicos'; es decir, de pasar de un plano categorial a otro, sin nada que pueda justificarlo. Se idealiza la posición a defender y se escarnece con los peores ejemplos el lado de que uno discrepa. Así Darío ponderaba la monarquía, representándola en un rey, paradigma de talento y virtudes, mientras que el pueblo era visto como vulgo ignorante. Megabizo se fijaba en una minoría bien elegida, en quien debía recaer la prerrogativa de gobernar, derecho inculcable de los mejores. Otanes se situaba en otra dimensión: el derecho al gobierno era patrimonio de todos.

¿Qué hacemos hoy al debatir sobre los posibles resultados de las elecciones francesas? La respuesta de las urnas es lo único que cuenta legalmente y debería ser, en una democracia, respetada y siempre respetable. Si en alguna medida se repudia, ¿no se niega crédito al sistema? ¿Todos los partidos legales no deben estar, en principio, en pie de Sufragio universal, ¿no equivale a que ningún voto valga más que otro y a que, entre conjuntos de votantes, sólo el más numeroso deba tener la primacía? Y sí, al fin, la tiene, ¿cómo justificar el anterior rechazo?

La gran mayoría de las constituciones democráticas enfatizan el secreto del voto. Cada elector puede emitirlo con libertad, sin dar cuentas a nadie.

Si alguien quiere mediatizarse con sus discursos, sobre perder el tiempo, se está rebelando, en el fondo, contra la misma esencia de la democracia: sufragio universal, libertad de voto, libertad de expresión, libre competencia de ideas y opción de gobierno al conjunto más numeroso. Cada una de estas exigencias es una premisa para un discurso lógico. Si alguien, en la práctica, las niega, ya no se podrá calificar como democrata. Ante los comentarios por si triunfara Le Pen, la pregunta inescapable es: ¿dónde están los demócratas que lo condenan apriori? Si los constituyentes, en suficiente mayoría, creen que ciertas ideas o ciertas prácticas son

insostenibles dentro de la legalidad, el partido que las sustenta tendría que ser ilegalizado, no como en la Constitución (art. 6) a los que en su estructura interna y en su funcionamiento no sean 'democráticos', que no se cumple, sino con fórmulas más jurídicas. La contradicción estriba en 'liberalizar' todas las ideas y proscribir después las que a uno desplacen. Las 'prácticas', siendo violentas, son otra cosa.

El Derecho no puede plegarse a designios que no son los suyos: repugna íntimamente ser convertido en instrumento de ningún fin político. Está por encima de toda política, para bendecirla o para condenarla; pero no admite supeditación a ninguna política. El Derecho, una Ciencia neutra, nada sabe de deseos ni de aversiones, de proclamas ni de fanatismos. Donde está el Derecho debe haber la paz, que abomina de la distinción entre el 'amigo' y el 'enemigo'.

Un teórico realista de la política de renombre internacional, Carl Schmitt, sostuvo sin rodeos que la esencia de toda política pende sobre esta distinción entre amigo-enemigo. Que la política sea eso parecen empeñados en demostrarlo muchos políticos. Pero si algún jurista cae en tales filias o fobias, ya queda incapacitado para actuar de juez. Es el error irreparable en que ha incurrido nuestra legislación: fomentarla en la judicatura.

El peor olvido de las democracias europeas, que desemboca en previsible corrupción y que explica reacciones populares anti-sistema, es el haber prescindido de la 'docimasia', ese gran invento griego, conservado, en menor escala, en EEUU. Era una indagatoria universal a la que tenían que someterse los preconizados a las diversas magistraturas para que la población capaz pudiera explorar a su gusto su fiabilidad para el cargo, deducible de su anterior comportamiento público y aún privado. No había límites a tal rendición de cuentas. No era fácil así que los corruptos pudieran quedar enmascarados. No diré que el método resultara siempre eficaz, ni que no fuera mejorable. Aplicado, evitaría situaciones como las que se viven hoy en Europa, pues en lugar de irridada oposición a partidos políticos legales, el acceso a las magistraturas quedaría restringido 'individualmente' a cuantos no lograsen superar la prueba precautoria de la docimasia.

(*) Catedrático extraordinario de Epistemología



Sorte do paxariño

Xenófobos e racistas

¿Pero que pasou na dulce Francia que tanto estropiçou arramou? ¿Qué acontecemento enormísimo fixo arrandear os alicerces de tan democrática nación? Pois pasou o que pasou. ¿Ou é que os listos dos gabachos non sabían que por alí habitaban un 20% de racistas e que, polo mesmo, o Le Pen ía ter un vinte por cento dos votos? Pasou que moito progresista ciscouse na democracia e foi tomar caféliño no canto de votar; e agora alporzánzase e arman tremolina. Agora, que deixaron o país co cú o aire e os de esquerda teñen que votar á dereita. O certo é que non pasou nada. Ensinaron as veñoñas, iso sí.

Carlos Mella

Otras letras

Cela y su biógrafo

Y está ahí, como todos los años, el libro de Francisco Umbral. Es algo que se repite y que, casi siempre, promueve el alboroto. Este hombre no para, quiere estar permanentemente en la cresta de la ola y todo le vale para mantener ese prurito. Cerca de cien libros publicados y una columna diaria, alabada por sus devotos y denostada por sus enemigos, no le llega a nada para satisfacer su soberbia y las deformaciones de su 'ego'. Yo tengo con él una fidelidad de cerca de cuarenta años, comprando todos sus libros y recreándome en sus facultades literarias, pero ahora, con todo el sentimiento, tengo que decir que se ha pasado de rosca con el libro que se comenta en todos los círculos.

Obvio es decir que hablo de 'Cela: un cadáver exquisito', en el que, queriendo hacer una biografía atípica del Nobel, le salió un producto vulgar y deleznable. Prácticamente, las tres cuartas partes de este libro, que quiere ser de moda, se mueven en el mundo del cotilleo, con noticias domésticas aptas para señoras de la 'high life' en sus trascendentes conversaciones de peluquería. Le dedica páginas y páginas a aspectos tan importantes de la vida de Cela como puede ser el hecho de que su mujer le tenía mucho tiempo solo, o de que a Cela le costaba un millón de pesetas diarias 'abrir la tienda'. Para este viaje no se necesitaban alforjas, ya que llega con la lectura de 'Hola' (muy respetable, por otra parte) o con ver cualquier programa de televisión tan al uso en los últimos tiempos.

Umbral quería a Cela, como un escritor de raza quiere a un genio de la literatura. Dice el propio Umbral, en frase hermosa, que la lectura del 'Pascual Duarte', a los quince años, fue para él como "una pedrada de luz en la frente". Lo que pasa es que Umbral no sabe querer, porque sólo se quiere a sí mismo y el querer, cuando es auténtico, supone una auténtica renuncia. Y Umbral, en cualquiera de sus libros y hable de quien hable, tiene que hablar de sí mismo. Uno, después de cerrar el libro, ya no sabe si se trata de una biografía de Cela o del propio Umbral, ya que cualquier ocasión le es buena para hablar de su Cervantes y de esa espina que tiene clavada, desde hace años, que es su ingreso en la Real Academia. Hay otro aspecto de este libro, de bastante mal gusto por cierto, que es cuando se refiere a la primera o a la segunda mujer de Cela, en donde el autor derrocha una absoluta vulgaridad y la constatación de su odio (no sé por qué) a la mujer, cuyo mundo nunca entendió.

Umbral, para mí, nunca ha pasado de ser 'el niño de derechas', que nos contó en uno de sus magníficos primeros libros. Se fabricó su estampa de modelo de la 'gauche divine' o de la 'izquierda de caviar', como últimamente llaman en Francia a este tipo de gente. Mucho 'Pierre Cardin', mucho 'foulard' y mucha 'dacha' en Puerta de Hierro, son distintivos de una clase a la que Umbral ataca sin piedad pero que, en definitiva, es de la que vive y de la que se rodea. Los del andamio, del que tanto habla ahora en relación con el Bustamante de la 'Operación Triunfo', no leen a Umbral porque no lo entienden, ni tampoco tienen dinero para comprar sus libros. Además, este hombre anda siempre a golpe de coyuntura: alabó a Marina Castaño, cuando vivía Cela, y ahora la denigra, porque piensa que esto vende más. Umbral es un esclavo del becerro de oro y a su brillo todo lo supedita. Este fiel lector umbraliano, al que un día le dolió 'Mortal y Rosa', libro que incluso tengo dedicado por su autor, tenía que decir todo lo que ha dicho aunque sólo fuera por higiene mental y sinceridad con uno mismo. 'Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad', éste es el tema.

Julio González Puente

Frases del día



RODRÍGUEZ ZAPATERO

"Aznar destila arrogancia, intenta flotar a duras penas, pero ya no hay ni rumbo ni carta de navegación"



CONDOLEZZA RICE

"Aznar y Bush tienen buena química, el presidente admira a los líderes fuertes, y Aznar lo es"



ÁNGEL ACEBES

"Un partido que nutre a la banda ETA de comandos no puede ser legal en una democracia digna"



BEGOÑA ERRAZTI

"La ilegalización de Batasuna como único referente es un camino que aleja la solución al conflicto vasco"



JORDI PUJOL

"Parafraseando a Companies, hay que decir que sólo los catalanes defendemos Cataluña"